

bles. Pero el pecado original ha llegado á ser tan poca cosa, que ya no vale casi la pena de hablar de él; la gracia no es ya un privilegio exclusivo del creyente; la predestinacion ha perdido lo que tenia de terrible. ¿Se quiere la prueba? La teología de Agustín conducía á condenar á la inmensa mayoría del género humano, mientras que la teología de los nuevos católicos tiende á salvar el mayor número posible de almas: bien pronto el infierno no existirá ya sino como un espantajo. Hé ahí, pues, el progreso invadiendo hasta el dominio de la inmutabilidad.

¿Qué será si salimos de la esfera del dogma para entrar en la de la vida? Los artículos de fe no constituyen toda la religion; y aun entran por tan poco, que no son más que una letra muerta para la inmensa mayoría de los creyentes. La religion es, sobre todo, una concepcion de la vida, del destino del hombre. Pues bien; ¿es hoy todavía la concepcion de la vida lo que era en los primeros

siglos? ¿Qué se ha hecho del espiritualismo excesivo de los discipulos del Cristo, de su desprecio de la vida, de su aspiracion á la muerte, de su esperanza del próximo advenimiento del juicio final? Si se quisiera hacer una sátira de la inmutabilidad católica, no habría más que comparar las máximas y la vida de los primeros cristianos con la vida y las máximas de los modernos ortodoxos. La transformacion es completa; nada hay ya de comun entre unos y otros más que el nombre. Así resalta el progreso en la realidad como en la teoria; y es imposible que fuese de otra suerte. El progreso es la ley del género humano, pues que la vida de la humanidad es una educacion, y toda educacion es progresiva. ¿Por qué inexplicable contradiccion había de quedar únicamente inmutable la religion, el instrumento más activo y poderoso de la educacion humana, cuando las generaciones que debe educar cambian incesantemente de sentimientos y de ideas?

LIBRO PRIMERO.

LA LUCHA.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA REACCION CATÓLICA.

I.

En su primer impulso parecía que la Reforma amenazaba la existencia del catolicismo; invadió rápidamente una gran parte de la Europa central, la Alemania casi entera, la mitad de los Países-Bajos, las tres cuartas partes de Francia, y llegó á remover á España y á Italia misma. Pero bien pronto cambió el aspecto de la cristiandad; el papado, que se creía muerto, adquirió nuevas fuerzas, detuvo el movimiento ascendente del protestantismo, le arrancó el Mediodía de Alemania y de los Países-Bajos y casi toda la Francia, y destruyó definitivamente la Reforma en Italia y en España. ¿Cuál fué la causa de esta reaccion? ¿Se debió á la excelencia del catolicismo? ¿Es una prueba de su divinidad? Así quisieran hacerlo creer los católicos. Pero si la reaccion era el fruto de una inspiracion divina, ¿por qué cesó despues de la sangrienta guerra de treinta años? ¿Por qué han quedado invariables los límites de las dos confesiones desde la paz de Westfalia? ¿Se habría liga-

do el Espíritu Santo por las estipulaciones de un tratado?

La era de las revoluciones políticas, abierta en el 89, nos ha hecho entender los movimientos de accion y de reaccion que constituyen la esencia de estos violentos sacudimientos. Por lo mismo que son una aspiracion desordenada hácia lo porvenir, arrastran á la sociedad más allá de las necesidades de las masas, y traspasan, por consecuencia, el límite de lo que es actualmente posible y realizable. De aquí una inevitable reversion á lo pasado tras el primer vuelo que cumple en un dia progresos para los cuales se necesitarían siglos; y como las sociedades no pueden seguir una marcha tan precipitada, sucede necesariamente que las nuevas doctrinas no encuentran eco en la conciencia general, y que las viejas tradiciones recobran un imperio que no habían perdido más que en la apariencia. Así se produjo la reaccion católica contra el protestantismo.

No era en su origen la Reforma una revolucion religiosa. Era más bien una guerra contra el papado, contra la Iglesia exterior y la multitud de abu-

que había engendrado la dominación absoluta de Roma. La resistencia que los papas opusieron á las tímidas reclamaciones de los reformadores arastró al protestantismo más allá de sus primeras exigencias; la rebelión contra la Iglesia se convirtió en una revolución religiosa. Bien es verdad que los reformadores protestaron siempre contra semejante acusación, en el sentido de que pretendían convertir el cristianismo degenerado de Roma á la verdadera creencia enseñada por Jesucristo y los apóstoles; la Reforma habría sido, según esto, una revolución de un nuevo género; en lugar de conducir á los hombres hácia adelante, los habría obligado á retroceder. Mas, en realidad, la reversion hácia lo pasado era un paso fuera del cristianismo histórico. Esta tendencia se produjo desde un principio en la secta de los socinianos; el socinianismo mostró, en cierto modo, el término al cual debía conducir la insurrección de Lutero, y que no era nada ménos que la negación de la base sobre la cual descansa el cristianismo tradicional, la divinidad del Cristo. Pero este fin extremo del protestantismo traspasaba las necesidades y los deseos de los que no veían en la Reforma más que una corrección de los abusos que se habían entronizado en el régimen eclesiástico; y á la manera que la república que surgió al término del movimiento del 89 espantó á las masas y les hizo volver hácia la monarquía absoluta, la revolución religiosa que estaba oculta en las entrañas del protestantismo aterró á los que querían mantener el cristianismo tradicional y les hizo retroceder al seno de la Iglesia ortodoxa.

La reacción del catolicismo contra la Reforma era, pues, tan fatal como la reacción de la monarquía contra la república. Encontró, de otra parte, un poderoso auxiliar en el genio de las razas latinas. El protestantismo es, en cierto respecto, más una manifestación del espíritu germano que del espíritu cristiano: el individualismo caracteriza á la raza alemana, y la Reforma es el individualismo en el dominio de la religión. Esta tendencia es profundamente antipática á los pueblos de civilización latina, que sienten tanto la necesidad de la unidad como los pueblos germanos la de la individualidad, pudiendo decirse que las naciones latinas son católicas por esencia, porque su genio las lleva á abrazar la religión de la unidad y á rechazar la de la diversidad. Añádase á esto que los pueblos

del Mediodía viven más en las relaciones exteriores que los pueblos septentrionales, y necesitan, por consecuencia, una religión exterior; de lo cual procedía una nueva oposición contra el protestantismo, que, por lo mismo que es ante todo una relación del hombre con Dios, se concentra más en el interior del alma y no pide ni ceremonias ni las pompas del culto. Estas causas explican el peccato que la revolución del siglo XVI tuvo en Italia y en España.

Si hay pueblos que son católicos por su genio, se puede decir otro tanto de los individuos: hay espíritus inclinados á una religión que satisfaga la necesidad de la unidad, de un lazo exterior que ligue á los hombres, y hay otros que, concentrados en sí mismos, se forman una religión con su sentido peculiar, sin cuidarse gran cosa de que los demás comulguen en ella y sin exigir una manifestación pública de sus creencias: los unos son católicos, los otros protestantes. Puede también decirse que para los primeros es la religión una cuestión de sentimiento, mientras que para los segundos es una cuestión de razón; y así, cuanto más viva un hombre por la razón, más se alejará del catolicismo para acercarse al protestantismo. En el siglo XVI estaba aún muy poco desarrollado el elemento racional de la religión; la Iglesia lo había combatido vivamente en la esfera de la ciencia; no había querido aceptar jamás la razón sino como sierva de la teología, y el clero había alimentado exclusivamente en las masas el lado sentimental de la religión, hasta el punto de que el catolicismo popular no era más que un conjunto de prácticas más ó ménos supersticiosas. La reacción católica se aprovechó de esta circunstancia, apoderándose de la tendencia á la credulidad que existe en la naturaleza humana y que la Iglesia había procurado cultivar. El protestantismo no daba satisfacción á estas preocupaciones, ó, por mejor decir, vacilaba á cada paso entre la razón y el sentimiento. Esta inconsecuencia era una causa de debilidad: si hubiera marchado resueltamente por la dirección del racionalismo, habría tenido de su parte las simpatías de los hombres de inteligencia; mas los rechazó por el elemento supersticioso que mantuvo, sin conciliarse por esto, sin embargo, el favor de aquellos á quienes no contentaba el culto demasiado sencillo y racional de la Reforma.

¿Quiere esto decir que no tuviera de su parte

la reacción católica más que la superstición, y que venciera el protestantismo apelando á los bajos instintos del hombre y á los errores del espíritu humano? Bajo ciertos aspectos, el catolicismo está más en armonía que el protestantismo con las tendencias legítimas de la humanidad. La Reforma era una reversion al cristianismo de San Agustín; llevó hasta sus últimas consecuencias los falsos dogmas del pecado original, de la gracia y de la predestinación, y destruyó con esto la libertad. La Iglesia romana profesa las mismas creencias; pero mantiene la libertad al lado de la gracia, á riesgo de ser ilógica; y la Sociedad de Jesús, el instrumento más activo de la reacción católica, dió un paso más en este camino, aproximando la doctrina católica á los sentimientos de la humanidad moderna, mientras se alejaba de ellos el protestantismo. De aquí resultó para el catolicismo una gran superioridad como religión práctica. Por lo mismo que la Reforma negaba la libertad, no podía atribuir ninguna importancia á las obras, y hacía depender la salvación únicamente de la fe. El catolicismo, por lo contrario, atribuía al hombre una parte en su salvación; de aquí el celo admirable de las congregaciones que se formaron á porfía durante la reacción religiosa: las nuevas órdenes daban alimento á todas las necesidades del hombre, á la caridad, á la instrucción, á la ciencia, mientras que los protestantes se contentaban con disertar sobre la fe, sobre la presencia real y la ubicuidad.

II.

Tal es la justificación providencial de la reacción católica; y ella nos permite aceptarla sin maldecir la victoria que obtuvo sobre la Reforma. Los que no ven en el catolicismo más que un tejido de supersticiones, no deben ver tampoco en la historia sino una serie de sucesos inexplicables, producto del acaso y de la violencia; de aquí al fatalismo no hay más que un paso. Si hay una Providencia que dirige los destinos del género humano, precisa que los grandes acontecimientos que determinan el porvenir de los pueblos tengan otra razón en Dios que los caprichos de la fortuna. La reacción católica es uno de esos hechos importantes. Ya hemos dicho en qué sentido fué necesaria y cómo se concilia con la marcha progresiva de la humanidad. Decir que la reacción católica es un

hecho providencial no es decir que en él no hayan jugado los errores y las pasiones de los hombres; mas la obra de la Providencia consiste precisamente en apoderarse de nuestras pasiones y de nuestros errores para hacerlos servir al bien y al perfeccionamiento general. La reacción católica no se ha producido por el poder de las ideas; el gran instrumento de la Iglesia contra la Reforma ha sido la fuerza, y con ella la astucia. Que no se tache de parcial nuestro aserto; no hacemos más que repetir lo que ha dicho un papa (1). Hay hoy espíritus irritados por la pasión que apelan á la violencia para destruir el catolicismo; agudos gritos lanzan los católicos contra estos proyectos revolucionarios, pero nadie tiene ménos derecho que ellos á quejarse, porque es su Iglesia quien ha dado el ejemplo: por la opresión y por la guerra es como ha hecho el papado sus conquistas en el campo del protestantismo.

Tan profundas raíces ha echado en nuestras almas el principio de la libertad religiosa, que estamos dispuestos á creer que la fuerza es impotente en el dominio de las creencias: "La persecución, dice un ilustre escritor, puede hacer cobardes y apóstatas; mas nada puede sobre la intimidad de la conciencia, no puede producir una convicción." (2). San Agustín hizo ya la observación de que la obra comenzada por la violencia se acaba por la persuasión, si no en los desgraciados que son víctimas de la fuerza, á lo ménos en las generaciones futuras. La historia de la reacción católica prueba que conoció bien el gran teólogo la debilidad de la naturaleza humana. Se necesitaría un valor heroico para resistir constantemente á la presión de la fuerza; y ese poder de resistencia puede encontrarse en algunos individuos, mas no existe en las masas. Felipe II reprimió los progresos de las nuevas ideas por los suplicios en España, y en Bélgica por una guerra de verdugo (3). En Francia, las guerras civiles y horribles matanzas ahogaron en sangre la Reforma. En Alemania se ejerció largo tiempo la violencia so color de le-

(1) Paulo III (SARPI, *Storia del concilio Tridentino*, libro 1, c. 53).

(2) Ballanche.

(3) *Mémoires de TAVANNES (Collection de PETITOT, t. XXIV, página 131): «Cien mil herejes había en Gante y en Amberes; presa del duque de Parma, todos se hicieron católicos: no convirtieron los santos tanta gente en un día por la predicación como las fuerzas humanas hacen volver á la Iglesia.»*